

La defensa de la cultura: ¿análisis o discurso?

VÍCTOR JIMÉNEZ

Por cada asunto ajeno a nosotros —y son muchos— retenemos en la memoria dos o tres frases, extraídas de algún discurso pescado al vuelo en los medios, capturadas en una conversación de sobremesa o, con cierta frecuencia, acuñadas por el ingenio de salón (refinada variante del humor de cantina, otra pródiga fuente de respuestas rápidas). Alojamos estas valiosas expresiones de sabiduría en algún casillero privilegiado de nuestra mente y confiamos en que salgan con prontitud pavloviana al escuchar el tintineo de la palabra que les debe servir de estímulo. La vida en sociedad nos presiona para que tratemos de parecer agudos en multitud de circunstancias —a pesar de ser profanos en la materia—, lo que exige tener siempre a la mano la cita necesaria, así como la memoria para evocarla. Y si el asunto es polémico es difícil resistir la tentación de parecer radicales. Intransigentes, incluso... Oímos, por ejemplo, "contaminación" y decimos: "¡Ah, sí!... Hay que acabar con las fábricas y los automóviles." No está mal, pero no es lo único que se puede opinar al respecto, y tampoco es raro que los expertos mismos se sorprendan ante tanta claridad de parte de un lego.

Por ejemplo: hace poco, un conocido activista me decía en Oaxaca que la grave contaminación de los alrededores de esa ciudad era el resultado del progreso... Daba a esta palabra una inflexión que yo entendí como una alusión indirecta al subdesarrollo —es decir, lo contrario del progreso—, y le comenté, en consecuencia, que recientemente había visto en el norte de Alemania convivir el desarrollo industrial más avanzado con un entorno urbano y rural sin mácula, y que tal vez la solución para Oaxaca tendría que llegar por allí. Por la expresión de su cara advertí que mi interlocutor debió pensar que hablaba yo de otro planeta: supe en ese momento que los dos o tres tópicos a que se reduce para él el cuidado del ambiente excluyen toda acepción del término "progreso". Gustave Flaubert hizo una recolección —de la A a la Z— de esta clase de sabiduría en su *Dictionnaire des idées reçues* (la expresión *idées revues* se traduce habitualmente como "tópicos", "lugares comunes", "necesidades" y cosas aún más fuertes). Me encantan, entre otras, las entradas "arquitectos: Todos imbéciles. Olvidan siempre la escalera de las casas" y "erección: Sólo se emplea hablando de monumentos", pero el diccionario está lleno de joyas, Flaubert recogía estas expresiones en la calle, los cafés, los periódicos, los salones, etcétera, y luego las ponía, como novelista, en boca de los personajes adecuados. Pero no sólo los grandes escritores saben usarlas para dar verosimilitud a sus creaciones: de manera menos crítica, pero incomparablemente más práctica, los políticos, periodistas, profesores, sacerdotes, intelectuales y otros emisores de discursos también dominan el arte de recoger lo que piensa la gente sobre cierto tema, y tratan de usar sólo aquellas frases que el público reconocerá como propias...

Un importante analista de la cultura, el también francés Pierre Bourdieu, antropólogo y sociólogo, con plena conciencia de lo anterior, explica así su actitud al iniciar una intervención polémica: "Tengo por principio, siempre, decir aquello que es más difícil de avalar por el público al que hablo, que es lo contrario de la demagogia." Agrega que lo común es escuchar "un gran discurso... es decir, todo lo contrario del análisis". Y pocos

temas se prestan al gran discurso como el objeto de estudio de Bourdieu: la cultura. De hecho, sólo que con la técnica del sociólogo, ha recogido Bourdieu en su obra fundamental, *La distinción*, una especie de versión actual de las *idées reçues* de Flaubert, limitándose al terreno de la cultura.

En México, palabras como "patrimonio", "identidad" e "historia" son ingredientes inevitables del discurso de la "cultura", particularmente cuando se habla de edificios antiguos, barrios típicos, costumbres ancestrales, comida regional y cosas semejantes, y es común establecer un contraste entre la defensa de esos valores y los peligros que los acechan desde el hostil mundo exterior si sus custodios —entre los cuales el público identifica de manera destacada al emisor del discurso— bajan la guardia por un minuto.

Pero desde el terreno del análisis, opuesto al discurso, conviene preguntarse si tal visión de las cosas es tan sólida como el empleo de la palabra "cultura" parecería exigir. El panorama tiene aquí un aspecto menos heroico: entre aquel discurso "cultural" y su reflejo en los hechos hay un efecto de materialización del estereotipo, fenómeno que llena las tiendas de objetos que son el retrato hablado de la sensibilidad nostálgica. También se encuentran estos productos en las calles, como resultado, por ejemplo, de la exigencia de hacer vagas imitaciones de fachadas antiguas en ciertos barrios, costumbre instaurada en México por el Departamento del Distrito Federal en los años treinta y proseguida en la actualidad por una dependencia como el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Sin embargo, el discurso institucional (que incluye dependencias gubernamentales y defensores del patrimonio histórico) no alcanza a ver todo lo que de falsificación cultural encierra esta práctica —y, por ende, de fracaso cultural—, encontrando en ella una de sus más entrañables satisfacciones.

Desde luego, la contaminación del pasado con su imitación no se aceptaría tan fácilmente en México si no existiese entre nosotros, hoy, un vigoroso discurso con rasgos similares al elaborado por el franquismo cuando emprendió la reconquista de los "invariantes castizos" de la arquitectura española, bajo el lema de "España es diferente". En estos casos —mexicano y español— la "identidad" (es decir, la indeseabilidad de parecerse a los demás) debe entenderse como un valor supremo a defender. La intención política del discurso cultural era evidente en el franquismo (que consideraba compatibles con la identidad española sólo al idioma castellano y la religión católica, entre otros estereotipos, como las peinetas, los toros, etcétera), y así ocurre en nuestro caso, no importa si el discurso de la "identidad" se presenta como progresista.

Un émulo de Flaubert hubiese recopilado fácilmente en los años cuarenta y cincuenta un diccionario de tópicos culturales de la España franquista. Con muy poco trabajo podría hacerlo hoy entre nosotros. Sólo necesitaría revisar de vez en cuando las páginas culturales de los diarios, asistir a algunas mesas redondas, recoger dos o tres declaraciones de intelectuales y funcionarios del ramo, frecuentar *cocktails* inaugurales, ciertos bares y cafés, y con lo que anotase en su libreta podría escribir una primera aproximación al tema como ésta:

arquitectura: Sólo vale la pena la antigua. La moderna es horrible.

arte: Sólo vale la pena el antiguo. El moderno es una porquería (ver *arquitectura*).

artesanías: Son muy simpáticas, aunque no sirven para nada. Los indígenas, pobrecitos, no saben hacer otra cosa.

bailes regionales: A los extranjeros les encantan. Son muy aburridos.

catolicismo: Religión extranjera que ahora es la nacional. Los protestantes están creciendo mucho.

colonial: Estilo artístico tétrico. La gente culta tiene cuadros coloniales.

cultura: México tiene una gran cultura. Los gringos no. La gente culta viaja mucho a Europa.

dinero: La cultura no debería tener nada que ver con esto, porque se corrompe.

español: Lengua extranjera que ahora es la nacional. Es muy importante hablar inglés.

fama: Los artistas son famosos porque hacen cosas muy raras.

gusto: La gente de buen gusto compra su ropa en Europa.

historia: México tiene mucha historia.

identidad: Está amenazada en México. La cultura gringa nos está arrasando. Pero tenemos mucha cultura y podemos resistir.

justicia: Algunos artistas no ganan nada en vida y luego sus cuadros valen millones (ver *Kahlo*). Es injusto.

Kahlo, Frida: Comunista, pintora y esposa de Diego Rivera (ver *Rivera*). Sufrió mucho. Ahora sus cuadros valen millones.

libros: ¿Quién puede comprar libros con lo caros que están? Y luego no hay tiempo para leerlos.

México: Un país con una gran cultura (ver *cultura*).

naco: El que no tiene cultura. México es un país de nacos.

orgullo: Debemos estar orgullosos de nuestra cultura.

patrimonio. México tiene un gran patrimonio, pero se lo están acabando. El gobierno debería hacer algo.

quejarse: En México todos se quejan. Es parte de nuestra cultura.

Rivera, Diego: Pintó murales comunistas. *Siqueiros, David A*: Lo mismo que Rivera (ver), pero a éste sí lo metieron a la cárcel. *Tamayo, Rufino*: Pintó murales, pero no comunistas.

universidad: A la UNAM la echaron a perder los comunistas.

ventaja: La cultura es una gran ventaja.

W. Letra extranjera. No tiene nada que ver con nuestra cultura.

X. La equis es muy mexicana. Es como la eñe para España. No se debe escribir México con jota, como le gusta a los españoles. *Zócalo*: En el Zócalo están las raíces de nuestra nacionalidad. Los jóvenes hoy ya no conocen el Zócalo.

Lo anterior no pasaría de ser un juego si no se agregase un antintelectualismo real a este viejo discurso cultural mexicano y funcionase realmente como estructura del discurso de la prensa "cultural" y de algunas políticas institucionales en la materia. Pero, sobre todo, es un muro que cierra el paso a toda posibilidad de análisis. Por ejemplo, el discurso de la defensa del patrimonio cultural suele identificar a éste, tácitamente, con el pasado, aun en los casos en que sus cotas de excelencia sean muy modestas. Como contrapartida, el presente es para este discurso sólo el reino del error, y no hay esfuerzo más estéril que discutir con alguien que se ha instalado de manera permanente en esta certeza. Esto se llama misonéismo, y pocos advierten que comparten una postura que hace cien años Bram Stoker caracterizó de manera magistral al hacer decir a su célebre personaje, el conde Drácula: "vivir en una casa moderna me mataría".

El discurso cultural necrofilico se elabora falsamente en nombre de la historia. Pero el verdadero historiador no privilegia el pasado frente al presente; también sale a conocer éste.

Uno de los mayores historiadores de nuestro siglo, Marc Bloch (judío francés que tomó las armas para combatir a los nazis y fue fusilado por éstos), lo expresó así: “La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente. Ya he recordado en otro lugar la anécdota: acompañaba a Henri Pirenne [el gran historiador belga de las ciudades medievales] en Estocolmo. Apenas habíamos llegado me dijo: ‘¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento nuevecito. Empecemos por él.’ Después, como si quisiera evitar mi asombro, añadió: ‘Si fuera anticuario, no tendría ojos más que para las cosas antiguas. Pero soy historiador. Por eso amo la vida.’”

Hoy, en México, es de la mayor importancia impedir que el análisis de la cultura siga esperando, oculto tras el discurso de los anticuarios.